

# LETRAS

## LETRILLAS

# L&TRONES



68

LETRAS LIBRES  
SEPTIEMBRE 2013

### MUNDO EDITORIAL

## CATEDRALES DE PAPEL

MIGUEL AGUILAR

Las memorias de editores son libros con un mercado muy estrecho, compuesto sobre todo por editores y periodistas culturales. Desafiando esa hipótesis, la editorial Trama lanzó hace algunos años una colección exclusiva con libros acerca de Einaudi o Jerome Lindon y la pequeña obra maestra de Diana Athill, *Stet*. El pasado mes de junio, mientras se hacía oficial la fusión de Random House y Penguin que creaba el mayor grupo editorial del mundo, salió a la calle *Llamémosla Random House*, las memorias de Bennet Cerf, fundador de esa famosa editorial, publicadas póstumamente en 1977 pero hasta ahora inéditas en castellano.

Cerf (1898-1971), nacido en una familia judía neoyorquina, heredó una suma considerable de su abuelo materno y tras graduarse en Columbia y hacer unos pinitos en Wall Street, siguió su vocación y en 1923 entró en el mundo editorial de la mano de Horace Liveright. Al cabo de un par de años decidió que era la hora de lanzarse por su cuenta y, con el apoyo de su viejo amigo

Donald Klopfer, compró a su mentor (ahogado por las deudas) el sello Modern Library, que se dedicaba a publicar grandes obras en ediciones especiales, una especie de protobol-sillo. Pronto, como es inevitable, les entró el gusanillo de publicar originales, sin una línea fija, o sea *at random*, y de ahí sacaron el nombre, Random House, que vio la luz en febrero de 1927.

El bienhumorado libro de Cerf está lleno de nombres y de anécdotas. La lacónica frase de Liveright (“No olvides que todo autor es un hijo de puta”) cuando tras lograr un suculento contrato en Hollywood para una obra de Theodore Dreiser le recuerda que en virtud de un acuerdo previo le corresponde un porcentaje y este, en presencia de Cerf, le tira una taza de café hirviendo a la cara. O el ataque de celos de Sinclair Lewis, que se despertó de madrugada para comprobar que Cerf le había dejado durmiendo para tomar una copa con Faulkner. O el texto de contraportada de un libro de Gertrude Stein en el que admite no haber entendido nada del libro, ni siquiera el título. También hay reflexiones tan válidas hoy que resultan frustrantes. Tras la muerte de Liveright, en 1933, Cerf describe en el *Publishers Weekly* los motivos que

llevaron a la ruina a su antiguo jefe: “la intensificación de la competencia [...] y, sobre todo, la disminución de puntos de venta y los más estrechos márgenes de beneficio”. La justificación de por qué publicó la última obra de Sinclair Lewis pese a ser bastante mala: “cualquiera que sepa algo sobre el mundo literario debe recordar que si se rechaza un manuscrito de un autor muy reputado, siempre habrá otros dispuestos a publicarlo, por lo que solo conseguiríamos destruir la relación con el autor”.

Pero, en general, la historia de Cerf es una historia de éxito. El gran equipo que componía con Klopfer, su talento para los negocios y la publicidad, la confianza puesta en editores como Saxe Commins, Jason Epstein o Robert Loomis (una lección que aprendió de Liveright fue la de fiarse siempre de sus editores a la hora de contratar libros) le permitieron seguir creciendo. En 1960 compró a su amigo Alfred Knopf el sello homónimo, y al año siguiente Pantheon Books. En 1965, vendió lo que ya era un importante grupo editorial a la corporación RCA por casi cuarenta millones de dólares. Había pagado 215.000 dólares por Modern Library cuarenta años antes. Su muerte le impidió ver

✦ Bennet Cerf,  
fundador de Random House.

cómo en 1980 RCA vendió el grupo a la familia Newhouse, propietaria de un importante grupo de revistas, por setenta millones de dólares. Los Newhouse, a su vez, tras comprobar cuán difícil era conseguir sinergias entre las revistas y las editoriales, optaron por vender en 1998, esta vez al gigante alemán Bertelsmann, que ya era propietario de varias editoriales estadounidenses. Fueron 1.400 millones de dólares y una consecuencia multiplicadora: Bertelsmann decidió agrupar a todas sus empresas editoriales (en EEUU, Reino Unido, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, España, América Latina y brevemente Corea del Sur y Japón) bajo el nombre Random House (donde trabajo). El último paso ha sido la mencionada fusión con Penguin.

Una historia muy distinta es la que cuenta Manuel Aguilar (*no relation*) en *Una experiencia editorial* (Aguilar, 1964), un libro maravilloso. En los sesenta Aguilar, Salvat y Espasa eran las tres catedrales que dominaban la edición española. El coloso que creó Aguilar llegó a tal envergadura que, en un ejemplo asombroso de integración vertical, tenía hasta rebaños de cabras y tenerías para asegurarse el suministro de cuero con que encuadernar

sus libros. Todo desde un origen muy humilde. Hijo de un maestro de pueblo en Valencia, con apenas doce años se colocó de mozo en la blascoibañesa Editorial Sempere. Tras una juventud plena de vicisitudes acabó exiliado en el París de los años diez, y se empleó como traductor para editoriales francesas y españolas que publicaban para el mercado latinoamericano (traducciones “libres”: “Me atuve a las condiciones de que la traducción no rebasara las ciento cincuenta páginas habituales [...]. Quedaba al arbitrio del traductor sintetizar o mutilar el texto original”). Pronto pasó a ser el representante de los principales editores franceses en Buenos Aires y de ahí a ser contratado por Hachette, en 1914, para establecer una distribuidora de libros y revistas en España (donde creó la red de librerías de las estaciones) y luego en Argentina, la SCEL.

Pero Aguilar desde el principio insistía en la necesidad de que Hachette apostara también por la edición de libros. Tras casi diez años de negativas, decidió finalmente hacerlo por su cuenta y en 1923 creó la editorial Aguilar, que pronto prosperó con la publicación sobre todo de obras de ensayo. La publicación de la primera edición íntegra de *El capital* le permitió comprarse un Chrysler imperial, que en la Guerra Civil fue incautado por los comunistas: “Carlos Marx me lo dio y Carlos Marx me lo quitó”, explica en las memorias. La guerra, que pasó en Madrid, supuso un golpe durísimo, pero a su fin supo aprovechar las oportunidades que le concedían su catálogo y algunas particularidades (por ejemplo el uso del papel biblia que no estaba sujeto a cupos). Además, la apertura de varias librerías en Madrid y la expansión en América contribuyeron al éxito.

*Una experiencia editorial* provoca menos sonrisas que las memorias de Cerf, en parte por el alambicado estilo de su autor, pero hay algunas joyas: “Entre los libros que el editor debe leer con frecuencia, han de figurar los de su propia contabilidad”. O cuando, al describir en 1963

el Barrio Chino barcelonés de 1905, dice “En aquel tiempo no se falsificaban atmósferas para dar al turista el escalofrío de codearse con el hampa.” O al hablar de la prensa: “Autores, editores y libreros hemos suspirado, antes de 1936 y en tiempo posterior, por alcanzar la centésima parte del espacio otorgado a ciertos deportes, a las corridas de reses bravas y a su mundo especial, al cinematógrafo y a la reseña de conciertos musicales y de obras teatrales de cualquier género.”

Quizá lo más triste es comprobar cómo los planes sucesorios tan bien trazados por Manuel Aguilar no aguantaron la prueba del tiempo. A su muerte en 1965, su sobrino tomó las riendas, pero no pudo evitar un declive que culminó con la quiebra en 1982, propiciada en gran parte por los problemas en América, donde tenía una cifra de negocio asombrosa para la época de 1.500 millones de pesetas (nueve millones de euros). En 1986 fue adquirida por Jesús de Polanco, y desde entonces es un sello del grupo Santillana, junto a Alfaguara o Taurus.

La lectura de las dos memorias arroja una conclusión y una duda. En el debate entre cambio y continuidad, en el núcleo del mundo editorial hay mucho más de lo segundo que de lo primero. El adanismo ambiental es tan presuntuoso como ignorante. La duda es por qué comparativamente son tan endeble las empresas culturales españolas. Pero quizá sea una pregunta mal planteada. Si los rumores acerca de la compra de las editoriales generalistas de Santillana por parte de Random House se confirman, las criaturas de Bennett Cerf y de Manuel Aguilar acabarán bajo el mismo paraguas. Aunque el nombre elegido al azar por Cerf sea el que impere, ¿sobrevive más su espíritu? Probablemente no, porque no sobrevive el de ninguno de los dos. Quizá haya que juzgar a las editoriales por lo que son y no por lo que han sido, por lo que publican y no por la personalidad más o menos pintoresca y atractiva de sus fundadores. Para eso están sus memorias. —



## PERFIL CUENTAS CON MANDELA

MARCEL GASCÓN

Libertadores africanos hay muchos, y todas las retóricas de resistencia pueden tener atractivo y razones. Lo excepcional de Nelson Mandela, y lo que explica su *santidad*, es la gestión de la legitimidad de la lucha una vez conseguido el poder. Nelson Mandela pasó veintisiete años en prisión y jamás negoció sus principios. Todas sus concesiones vinieron cuando tuvo el viento de cara. A su liberación, en 1990, no aprovechó su capital moral contra sus carceleros y contra quienes llevaban más de tres siglos humillando a su pueblo. Lo utilizó estrictamente contra el sistema que impulsaba acciones racistas, y para liderar a sus millones de partidarios por el camino, lleno de renuncias a corto plazo, de la reconciliación y la convivencia.

Con frecuencia, al expresidente sudafricano se le elogia una supuesta evolución, acontecida durante sus años en la cárcel, de un nacionalismo africano antiblanco a un liberalismo

no racial. Esto no es del todo cierto. Al principio de su militancia política, Mandela decía que deseaba que los blancos de Sudáfrica volvieran a Europa. Pero su apuesta por una democracia para todos los sudafricanos llega mucho antes de que empiece a cumplir la cadena perpetua en 1964. Además de sus posiciones dentro del Congreso Nacional Africano (CNA), dos hitos en su vida y en la de la organización demuestran muy claramente que el nacionalismo antieuropeo de ambos duró muy poco tiempo. Tanto la “Carta de la Libertad” (1955) —cuya elaboración encabezó el CNA— como su *yo acuso* del juicio de Rivonia (1964) proclaman un compromiso nítido con una “sociedad libre en la que todas las personas vivan juntas en armonía e iguales oportunidades”.\*

El uso de la violencia es una de las críticas más repetidas por parte de los detractores de Mandela. Cofundador del brazo armado del CNA en 1961, Mandela fue su comandante en jefe hasta su detención en 1963. Tras una fase inicial de

sabotajes a infraestructuras sin víctimas, el Umkhonto we Sizwe (lanza de la nación) recrudesció sus métodos violentos paulatinamente, y los coches bomba que utilizó en la década de los ochenta cobraron numerosas víctimas civiles. En la peor acción del grupo que contribuyó decisivamente a fundar murieron, en la Church Street de Pretoria en 1983, diecinueve civiles. Aunque Mandela se encuentra para ese entonces en la cárcel y no es responsable del sendero que toma el grupo, en su autobiografía sitúa el atentado en el clima de “guerra” con el régimen y lo califica de “grave accidente”, pero asume lo ocurrido como “una consecuencia de la decisión de embarcarse en la lucha armada”. Como el mismo Mandela apunta, la naturaleza de la lucha no la decide el resistente, sino el poder. El régimen contra el que él combatió reprimía, a menudo brutalmente, las movilizaciones pacíficas, que en el mejor de los casos eran completamente ignoradas.

Cierto lugar común ubica a Nelson Mandela como un personaje de excepción en el movimiento de liberación sudafricano. Otra inexactitud. El CNA tuvo siempre grandes líderes

\* Discurso de Mandela ante el tribunal que lo condenaría a cadena perpetua en el juicio de Rivonia (1964).



+Mandela, democracia no racial.

de indudable estatura política y vocación pragmática y nacional, como Albert Luthuli o el matrimonio de Walter y Albertina Sisulu. Considerar a Mandela una excepción milagrosa, aun extendida a unos pocos dirigentes como Luthuli o los Sisulu, es despreciar la capacidad de decisión de los cuadros intermedios del movimiento *antiapartheid* y de las propias bases. Mandela y la aristocracia que tuvo cerca pudieron influir en favor de la opción no revanchista, pero las clases medias y las masas del partido tuvieron como mínimo que estar de acuerdo para deponer las armas.

Una de las pocas cosas que comprometen —me lo hizo ver hace poco el escritor cubano Juan Abreu— la merecida imagen de hombre justo de Mandela es su apoyo a un dictador como Fidel Castro. Mandela y sus compañeros del CNA tienen deudas con muchas dictaduras, que les dieron el apoyo militar y sin reservas que no encontraban en las democracias occidentales. Pero si Mandela no es un político cínico y *realista*, no se le puede aceptar esta gratitud ciega con Castro, cuando el propio Mandela sí ha denunciado los abusos de otro de los suyos como Robert Mugabe. Como decía Abreu, alguien que pasó veintisiete años en la cárcel por sus ideas políticas celebra a un dictador que asesina y encarcela incluso durante más tiempo a quienes se oponen al régimen; el preso político más famoso del mundo contribuye a la invisibilidad de otros presos políticos.

¿Qué país deja Mandela? En primer lugar, resulta injusto considerar la Sudáfrica actual en su conjunto como legado de un solo hombre, que además fue presidente durante solo cinco años y asumió el cargo con más de setenta de edad. Los primeros problemas del país son la pobreza generalizada y la inseguridad. No es posible revertir en menos de veinte años de democracia siglos de exclusión y abuso, aun cuando el rumbo para corregirlas sea el correcto. Pero Mandela no se ocupó nunca de este tipo de cuestiones. Obligado por las circunstancias, su misión fue evitar el enfrentamiento civil, construir una democracia para todos y encontrar

un punto razonable entre “las aspiraciones de los negros” y “los miedos de los blancos”.

Nelson Mandela dejará una Sudáfrica no racial, democrática y pacífica, con inmensos retos que tiene la suerte de poder resolver como Francia y Estados Unidos y no como Siria o Egipto. Un país sólido, políticamente previsible, que aprovechando la herencia del dominio blanco, es líder económico y moral en África sin los atajos al liderazgo de los hombres fuertes o los sacrificios democráticos. Creo que el país mantendrá este rumbo en el futuro. Independientemente de la evolución del CNA, la primera garantía de Sudáfrica es la extraordinaria pujanza, admirablemente articulada en la constitución, de una sociedad civil con innumerables focos e intereses, que bebe de fuentes tan distintas y poderosas como la tradición británica, el activismo —sobre todo negro— contra la pobreza, el *apartheid* y el orgullo, el amor al trabajo y el apego literal a la tierra del pueblo afrikáner. —

## GENEALOGÍA

# ESCALERAS, ESCALETAS Y ESQUELETOS

MANUEL PEREIRA

Por la Escalera de Jacob (Génesis, 28: 12) suben y bajan los ángeles que el patriarca vio durante un sueño. El cine satanizó ese puente entre la tierra y el cielo, y dio lugar a una genealogía de los peldaños que ya forma parte de la mitología del celuloide.

En *El gabinete del doctor Caligari* (1920) se insinúan algunas escaleras distorsionadas, pero todavía sin gran protagonismo. Dos años después Murnau nos muestra en *Nosferatu* la primera escalera realmente escalofriante. El vampiro sube hacia la alcoba de su víctima mientras su silueta de alargadas garras se solidariza con la sombra expresionista de la balaustrada.

En 1925, Eisenstein inventa el montaje de atracciones en la famosa “escalinata de Odesa” donde las fuerzas del mal descienden peldaño tras peldaño



•Inventario de los peldaños.

masacrando a la multitud mientras el cochecito con el bebé cae por los escalones. Ese cochecito se transformará más tarde en un elemento asociado a estas escaleras tenebrosas: la silla de ruedas.

En 1931, Tod Browning estrena *Drácula*, donde Béla Lugosi baja una majestuosa escalera en ruinas, rodeado de telarañas y aullidos de lobos. Descontando *Los 39 escalones*—donde son solo un *Macguffin*—, la obsesión de Hitchcock con las escaleras viene desde *Rebeca*, *Sospecha* y *La sombra de una duda* para cristalizar en la escalera del campanario de *Vértigo* (1958) y en las tres de *Psicosis* (1960). Aparte de la tortuosa escalera que sube desde el motel hasta la casa de Norman Bates, tenemos la principal de madera, donde el hotelero cambia de personalidad, y también la que baja al sótano. Sería imposible entender las múltiples identidades de Norman sin estas escaleras que articulan sus trastornos.



La escalera es a la casa lo que el esqueleto a la anatomía y la escaleta al cine: la columna vertebral que sostiene y organiza secuencialmente una estructura, donde cada peldaño equivale a una vértebra. La palabra “escaleta”—al igual que escalera— proviene del latín *scala*, y de ahí al esqueleto no hay más que un paso. En *La llave maestra* (2005) la escalera conduce a la buhardilla donde se guardan los esqueletos. La llave es muy antigua y su forma recuerda un esqueleto estilizado.



En *¿Qué pasó con Baby Jane?* (1962) Joan Crawford abandona su silla de ruedas y baja la escalera arrastrándose para llegar al teléfono. La alegoría del personaje escapando, reptando o cayendo de su silla de ruedas, ya la habíamos visto en el enyesado James Stewart de *La ventana indiscreta* (1954), y se multiplicará en el James Caan de *Misery* (1990) y en el John Hurt de *La llave maestra*. Heredera del cochecito de Eisenstein, la silla de ruedas representa un infierno particular del que hay que escapar. Si el mueble rodante reduce a la impotencia, los

peldaños devienen intransitables. Todo esto se anunciaba en 1945 en *El ladrón de cadáveres*, cuya trama se despliega alrededor de una niña en silla de ruedas. Hitchcock quiso romper ese maleficio en su cameo más jocoso (*Topaz*, 1969) cuando aparece en una silla de ruedas empujada por una enfermera para de pronto levantarse, saludar a alguien y seguir caminando sin necesidad de la silla, ni de la enfermera. La malvada silla convertida en *gag*.

La escena más recordada de *Al final de la escalera* (*The Changeling*, 1980, conocida también como *El intermediario del diablo*) es la pelota que cae rebotando hasta la planta baja, pero no menos impresionante es la silla de ruedas infantil que cobra vida persiguiendo a la protagonista hasta rodar escaleras abajo.

En 1982, hacia la mitad de *Juegos diabólicos* (*Poltergeist*), desfilan por la escalera de la casa embrujada unos fantasmas luminosos que se desenroscan suavemente en el aire. En *La casa encantada* (*The Haunting*, 1963) Robert Wise nos enfrenta a una siniestra escalera de caracol donde se ahorca una criada. En *El resplandor* (1980) la aterrorizada Wendy sube de espaldas la escalera del hotel mientras rechaza con un bate al marido poseso que la persigue. En el reestreno de *El exorcista* (2000) Regan baja por la escalera boca arriba como una araña; de hecho, es la *Aracne* concebida por Gustavo Doré para ilustrar la *Divina comedia* de Dante. La casa de Regan tiene otras escaleras: la plegable que accede al desván donde supuestamente se oyen ruidos de ratas, y la exterior, debajo de la ventana de la niña, donde hallarán la muerte dos defenestrados. El mecanismo de estas tres escaleras es similar a las tres escalas que vimos en *Psicosis*.

La escalera original—la bíblica—parecía haber caído en el olvido hasta que en 1990 Adrian Lyne estrenó *La escalera de Jacob* (conocida en México como *Alucinaciones del pasado*). Al final, el hijo del protagonista aparece sentado al pie de una escalera. Es Gabe, diminutivo del arcángel Gabriel. Con su cara seráfica, Macaulay Culkin

lleva de la mano a su padre (Tim Robbins) por la escalera hacia la luz. Hacía falta algo así para resarcirnos de tanta maldad acumulada en este inventario de escaleras escatológicas. —

CARTA DESDE ARGENTINA

## BUENOS AIRES EN OTRO ORDEN

✉ BRENDA LOZANO

**B**uenos Aires tenía un orden, un orden de música y libros. Algunos amigos argentinos, tantas canciones, algunos libros, varias veces cantar esas canciones, platicar de esos libros, todas esas líneas que terminaron formando una flecha apuntando al sur: pasé tres meses en Buenos Aires. Era la primera vez que iba a la Ciudad de la Furia, Ciudad Evita, Ciudad Fernet, Ciudad Psicoanálisis. La ciudad de Charly García, Soda Stereo, Illya Kuryaki, Babasónicos, la de los libros de Di Benedetto, Saer, Fogwill y Roberto Arlt. A los dieciséis años leí a Borges, me



✚ Buenos Aires, un orden sentimental.



enamoré y cantaba “me dejarás dormir al amanecer entre tus piernas” como si supiera lo que quería decir, como si entendiera también lo que quería decir Borges y como si él fuera a entenderlo todo con una tímida dedicatoria en el ejemplar de *El Aleph* que le regalé ese verano.

Y es que Buenos Aires tiene un orden sentimental a la distancia. A pesar de estar allí, uno pasea con la idea que se ha formado a la distancia. El orden de Borges y Bioy: las dos figuras de cera en la cafetería La Biela. El de las míticas cafeterías y deliciosas parrillas. El de Palermo, Recoleta, el de la avenida Corrientes. La librería El Ateneo. El orden del pasado. Pero pronto el nombre de la ciudad, esa sonrisa como de fotografía, cambia su gesto. Da la bienvenida a otros barrios, otras calles, otras cafeterías sin sillas célebres. Un bar perdido, un restaurante sin clientes, un grupo sin futuro en el escenario, una fiesta decrepitamente divertida. Lo que no llega, lo que no viaja, lo que no se publica. Su neurosis, sus problemas. Todo su encanto. Sin olvidar esa distancia que separa a

México de Argentina, se hacen evidentes las palabras, las expresiones, las diferencias entre un lugar y otro. Por la noche, con el cepillo de dientes en la boca, al ver cómo el agua se va al otro lado, ver ese pequeño remolino en otra dirección, esa miniatura de la distancia es también parte de su encanto.

Buenos Aires en el orden conocido. El pesado pasado. Pero aún más interesante, brillante y vivo el otro orden. El de hoy, el que está en su vida diaria.

Están las editoriales independientes. Mardulce (el brillante Damián Tabarovsky detrás de la cortina del mago de Oz), Eterna Cadencia (librería-sitcom con librerías que son buenos lectores y un joven sello editorial a cargo de Leonora Djament), Entropía (con sus siempre frescas propuestas, llevada por Valeria Castro), Vox (con muy buenos títulos de poesía), Cuenco de Plata (un elegante felino con títulos de Simone Weil, Felisberto Hernández, Sara Gallardo, Filloy), Caja Negra, Bajo la luna, Clase Turista, La Bestia Equilátera, Katz, Mansalva.

En ese otro orden, hay libros, escritores jóvenes, o no tan jóvenes, pero nuevos al fin para quien, como yo, no consigue esos libros fácilmente. Buenos libros, en cualquier caso. Sería oportuno pedirle al hada de las librerías que apareciera una sucursal de Eterna Cadencia para que todos esos libros circularan. Y de vuelta, una librería mexicana independiente en Buenos Aires. Esa fantasía de todo lector: que se abra el canal de distribución de libros escritos en español, que circulen a lo largo y ancho del idioma.

Ya me puse sentimental.

Con ganas de compartir libros, sugerir jóvenes escritores: Mauro Libertella (*Mi libro enterrado*, Mansalva), Romina Paula (*Agosto*, Entropía) y Selva Almada (*El viento que arrasa*, Mardulce). Dos narradores sorprendentes: Pablo Katchadjian y Iosi Havilio.

Iosi Havilio (1974) no es ningún descubrimiento para los argentinos, pues su maravillosa primera novela *Opendoor* (2006), potente como el

temperamento de su narradora, fue bien recibida. Siguió *Estocolmo* (2010) y *Paraísos* (2012). Ninguna de las tres son fáciles de conseguir en México, las tres son igualmente buenas, pues como en el caso de Ibarguengoitia, en los libros de Havilio, más allá de la anécdota está su voz, que puede narrar lo que quiera.

Pablo Katchadjian (1977) escribió *El Aleph engordado*, su primera novela, añadiéndole páginas al cuento de Borges. Su poemario, *El Martín Fierro ordenado alfabéticamente*, es precisamente eso. ¿Romper, cortar, metamorfosear a los ídolos? ¿Adelgazar *Cien años de soledad*? Algunas preguntas que apelan al arte que se hace hoy. Ordenar alfabéticamente es un orden ilusorio, como pasa con las entradas en el diccionario (palabras vecinas que fácilmente se convierten en melodrama). Ese aparente orden, ese caos con el que empieza todo también para los griegos, es la base de la estupenda novela breve *Qué hacer* (Bajo la luna, 2010), en la que dos inseparables profesores universitarios que aparecen y desaparecen en escenarios uno más enloquecido que otro, parecen recordar lo espontáneo, lo melódico. El juego.

En ese otro orden vienen los queridos Estridentistas a cerrar, ese pasado que bien habla hoy: “Nada de retrospcción. Nada de futurismo. Todo el mundo, allí, quieto, iluminado maravillosamente en el vértice estupendo del minuto presente; [...] vertical sobre el instante meridiano, siempre el mismo, y renovado siempre.” Ese otro orden. Buenos Aires, el de ahora, el de hoy. —

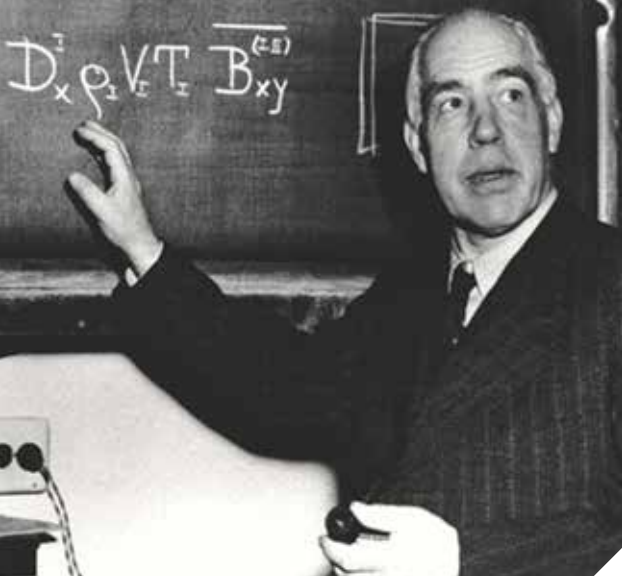
CIENCIA

## NIELS BOHR, PORTERO ATÓMICO

de JUAN NEPOTE

**A**nte un viejo amigo periodista, Albert Camus aseguró que todo lo que sabía sobre moral lo había aprendido durante aquellos años felices en los que jugó fútbol en Argelia, resguardando la portería del Racing Universitaire d'Alger. Camus vino a





+El hombre y los átomos.

este mundo en 1913, el mismo año en que un insólito científico danés publicó uno de esos pocos trabajos auténticamente revolucionarios, a pesar de su insípido título: “On the Constitution of Atoms and Molecules”, repartido en tres entregas (julio, septiembre y noviembre) de la revista *Philosophical Magazine*.

El autor era un joven de veintisiete años llamado Niels Bohr, quien presumía de una vasta experiencia futbolística: se había desempeñado, con decoro y esmero, como portero del Akademisk Boldklub Gladsaxe de la Universidad de Copenhague. No sabemos si las horas que pasó en la portería sirvieron de escuela para la formación de sus valores, pero ciertamente resultaron determinantes para un episodio concreto de su carrera como científico. Antecedido por un gran prestigio, Bohr llegó en 1911 al Laboratorio Cavendish, en Cambridge, Inglaterra, intrigado por la composición básica de la materia en una época en que la naturaleza y el comportamiento de los átomos era el tema más sugerente entre los científicos —a pesar de que aún nadie podía decir con certeza qué *era* exactamente un átomo—. Pero Bohr no consiguió sincronizarse con sus colegas: su dominio de la lengua inglesa resultaba deficiente y su interés por los complejos modales ingleses era nulo. Desesperanzado, Bohr se enfrascó en la lectura de las obras de Dickens con el auxilio de un diccionario, resuelto a hacerse entender. Para su buena fortuna, las cosas cambiaron cuando llegó el neozelandés Ernest

Rutherford —el mismo que había anticipado la existencia del protón y demostrado la existencia del núcleo atómico— al Laboratorio Cavendish; audaz, vehemente, irascible, era uno de los líderes mundiales en investigaciones sobre radiactividad. Fue Rutherford quien supo adivinar cierta misteriosa esperanza en aquel danés de aspecto lúgubre —cejas anchas y pobladas, gruesos labios colgantes—, incapaz de completar una sola idea cuando hablaba con aquel ritmo pausado hasta la desesperación. Para defenderlo de las constantes burlas, Rutherford sentenció, categórico: “Bohr es diferente: juega al fútbol.”

Desde luego, Bohr era *diferente*. Y su colaboración con el neozelandés de gran bigote se transformó en cuantioso alimento: así fue como se enteró del descubrimiento de Rutherford sobre la desintegración de los átomos y de su método especial para estudiar al átomo bombardeándolo con partículas subatómicas; entendió el modelo atómico propuesto por Rutherford, que exhibía al átomo como un minúsculo sistema solar con un núcleo de extraordinaria densidad en su centro. Para aquellos días ya se había detectado la presencia de los electrones, los protones y el núcleo dentro del átomo; ya los físicos habían encontrado cierto consuelo en el artificio matemático del alemán Max Planck, con el que se proponía que la energía se halla en la naturaleza distribuida en paquetes, a los que llamó *cuantos*. Sin embargo, Bohr no encontraba respuesta a una sencilla pregunta: *¿por qué el electrón no obedecía las leyes de la electricidad?* Y es que los electrones, al tener una carga negativa, debían ser atraídos irremediabilmente hacia el núcleo del átomo, con carga positiva. Bohr supo sintetizar los últimos avances de sus colegas, y a partir de ello construir su propio modelo atómico (el que publicó en 1913) para explicar que los electrones se localizan en órbitas bien establecidas, y que al pasar de una órbita a otra absorben o emiten energía. Aquello significó un terremoto en la ciencia, el acta de nacimiento de la física atómica, la inauguración de uno

de los periodos más prolíficos de la imaginación científica. Luego el modelo atómico de Bohr fue ampliado, mejorado, por colegas como Sommerfeld y Schrödinger y por el desarrollo de la física de partículas. Pero buena parte del germen de la revolución científica del siglo xx se localizaba en aquel trabajo que Bohr publicó hace cien años, inesperadamente, visionario y feliz.

“En el fútbol aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me sirvió mucho en la vida”, decía el portero Albert Camus. Sin duda, su colega Niels Bohr habría estado de acuerdo. —

## DIARIO INFINITESIMAL EL GALDÓS DE SARA SCHYFTER

de HUGO HIRIART

**E**l drama de los judíos españoles es el drama del exclusivismo español. Consiste este exclusivismo en establecer la equivalencia entre español y católico. Ser español es ser católico. ¿Y los musulmanes que durante ochocientos años ocuparon la península? Esos nuevos españoles son intrusos, la hispanidad se forjó en la lucha por expulsarlos. ¿Y los judíos que vivieron en España desde antes de la invasión árabe? Esos tampoco son españoles, son también intrusos.

El exclusivismo español no sintió la diversidad como lo que es, riqueza, sino como lo que no es, amenaza. Y lo diverso, lo no católico, fue perseguido con ferocidad y saña. La ansiedad discriminatoria no se detuvo con la expulsión, o el asesinato de quienes siendo judíos o moros osaron permanecer en la península. La sociedad se dividió en cristianos viejos, esto es, quienes no tenían ancestros judíos o moros. Los cristianos nuevos, aquellos que, como bajo los nazis, eran hijos o aun nietos de judíos o moros, fueron sobajados y cayeron a ciudadanos de segunda o tercera clase, eran mal vistos o no podían, por ejemplo, ascender en el ejército ni en la administración.

De este ambiente adverso, represivo, peligroso, desaparecieron como

es natural, los judíos. Cuando Galdós sale a escena en el siglo XIX, los españoles no tenían experiencia directa de lo que era un judío. De los judíos solo quedaban en los españoles prejuicios y fantasías hostiles alimentados por las prédicas necias que aseguraban que los judíos, que habían rechazado a Cristo, eran culpables de su muerte. Esta ignorancia entera acerca de cómo eran los judíos duró en España siglos, es seguro que en parte permanece todavía. En 1985 vivimos en Madrid mi familia y yo. A Soledad, la muchacha que nos ayudaba, mi hija Ximena, de unos diez años entonces, le contó que éramos judíos. La muchacha, que era madrileña, abrió los ojos asombrada, no podía creerlo, no puede ser, ¿lo dices de broma, verdad? Que una familia como cualquier otra, normal, estuviera compuesta por judíos era impensable. Quién sabe qué imágenes de los judíos hayan poblado su cabeza.

Aquí entra el análisis de Sara Schyfter de las novelas de Galdós en su libro *Los judíos de Benito Pérez Galdós* (Jus, 2013). ¿Qué estrategia va a usar el maestro para eludir los prejuicios? Porque los españoles, como Soledad, suponen que los judíos tienen rasgos peculiares, idiosincrásicos y que estas idiosincrasias son casi todas perversas. ¿Qué puede hacer Galdós para combatir este antisemitismo inconsciente y desarticulado?

Galdós en la novela *Gloria* presenta una pareja de amantes, ella, Gloria de nombre, cristiana; él, Daniel Morton, judío. En Morton, escribe Sara Schyfter, Galdós “consigue crear, posiblemente por vez primera en la literatura española, una imagen positiva y digna de los judíos. Es por ello que Galdós camufla la identidad del personaje hasta el final; si la religión de Morton se hubiese conocido desde el principio, el antiguo prejuicio cristiano y español hacia el judío habría dificultado que los otros personajes lo aceptaran, y por lo tanto, habría ensombrecido y contaminado cualquier imagen favorable del judío que el autor tratara de crear”.

Esto es, Galdós “camufla” –dice la autora– a Morton, “presenta un

hombre de ideas, valores y principios absolutamente admirables y respetables que además nunca han estado en conflicto con las enseñanzas cristianas”.

El personaje de Galdós es poseedor de prestancia y excelencia, el lector se identifica con él, y ya producida la identificación, revela que se trata de un judío. El prejuicio ancestral, la fantasía antisemita, se cuartejan, pierden pie. Al siniestro personaje troquelado por la ignorancia y la desinformación se opone un buen hombre común y corriente, pero digno y apreciable.

El prejuicio arranca cosificando: el judío es esto o aquello. Aquí entra un concepto de empleo inmundado, cuando no trágico: el concepto de

Enrique IV lo envió de embajador a la corte de Francia, siendo rey Luis Undécimo, y en 1473 fue embajador en Roma. Al comienzo del reinado de Isabel la Católica fue elegido secretario de la reina y le fueron confiadas delicadísimas misiones. En 1481, de unos cincuenta años, retiróse de la corte marchando a su casa de Toledo. Pero fue llamado de nuevo a la corte para confiarle la crónica del reinado de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos. Escribió la crónica y ahí está, es un libro muy hermoso, de gran prosa y de observación minuciosa y cumplida. Pulgar es también autor de un libro canónico en las letras españolas, *Claros varones de Castilla*, un clásico. Puede leerse y releerse siempre

---

## Galdós crea, quizá por primera vez en la **literatura española**, una imagen positiva de los judíos.

---

raza, la raza judía. Pero ser judío no es pertenecer a una raza. De hecho, si el modelo para hablar de raza son los perros, entonces no hay razas humanas, ya que no hay especialización ninguna, todos los humanos tenemos las mismas capacidades.

Ser judío no es ser de una u otra manera, resalta en las novelas de Galdós, sino es pertenecer a una cultura, una cultura que ha sobrevivido desde prodigiosa antigüedad, o si se prefiere el judío pertenece a una etnia peculiar, etnia que comprende la inmensa variedad de modos de ser humanos, como cualquier otra etnia.

La personalidad de Daniel Morton es compleja. No queda espacio para desenvolver esta personalidad. Así que me limito a recomendar que explayen entero el asunto leyendo *Los judíos de Benito Pérez Galdós*.

Voy ya a terminar. Fernando del Pulgar fue político importante y gran historiador. Nació entre 1430 y 1435. Criado en la corte, gozó de esmerada educación. El rey

con deleite e instrucción. Pues bien, este hombre, Fernando del Pulgar, era judío.

¿Qué pasó en España? Quién sabe, no alcanzamos a entender la lógica del rechazo, la expulsión y el duradero rencor, la lógica del exclusivismo fanático. No entendemos, porque judíos fueron también don Sem Tob, don Alonso de Cartagena, el exquisito poeta Juan de Mena, Rodrigo de Cota, autor del inmortal *Diálogo entre el amor y un viejo*, don Fernando del Pulgar, ya mencionado, Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, obra maestra, Luis Vives, fray Luis de León, Mateo Alemán, Jorge de Montemayor, Santa Teresa, el anónimo autor de *Lazarillo de Tormes*, y, bueno, Cervantes mismo, entre otros maestros, tuvieron todos sangre judía...

El libro de Sara Schyfter arroja luz, una luz discreta, puntual, acerca de estos misterios, los enigmas que rodean la larga y dramática jornada de los judíos en España. –